

manuscrito (pp. 95-101), y cuya importancia quedó puesta de manifiesto en las páginas xxiii-xxv de la introducción.

En suma, la filología helénica está de enhorabuena por la publicación de esta obra. El profesor Vieillefond nos agasaja con la edición de un texto que necesitaba una pronta revisión y lo acompaña de una exquisita traducción francesa. No podíamos esperar menos de este emérito erudito y especialista en la materia.

R. J. Gallé Cejudo

MAESTRE MAESTRE, José María, *El humanismo alcañizano del siglo XVI. Textos y estudios de latín renacentista*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Instituto de Estudios Turolenses (C.S.I.C.), Excmo. Ayuntamiento de Alcañiz, 1990, CVI + 505 pp.

El loable esfuerzo de tres organismos, unidos desde hace tiempo en fructífera colaboración, ha hecho posible que salga a la luz el volumen que hoy reseñamos, el *méga biblión* y no por ello *méga kakón* de nuestro incansable J. M. Maestre sobre el humanismo alcañizano del s. XVI. Sorprende realmente que en la cresta de Alcañiz, atalaya de huertas tan ricas como amenas, florecieran hace casi quinientos años tantos personajes de relieve y sobre todo tantos humanistas de primera fila: Juan Sobrarias, el finísimo latinista; Pedro Ruiz de Moros, a quien penosos avatares de la vida obligaron a marcharse a vivir a las brumas sármatas, para encima encontrarse con que tenía que bregar incluso en el destierro con el empuje jesuítico; Bernardino Gómez Miedes, el historiador de los laureles patrios; Domingo Andrés, el amable poeta, y Juan Lorenzo Palmireno, helenista pasable y espíritu inquieto, aunque a veces, como indica Maestre, pregonase vino y vendiera vinagre. Todas estas lumbreras nacieron en un lugar donde no existía ni Estudio General ni siquiera imprenta, circunstancias en principio nada halagüeñas para el desarrollo de la cultura. Hace bien Maestre en destacarlas como merecen, pues ahí precisamente está la moraleja: el afán de los alcañizanos venció todos los obstáculos, de suerte que casi puede decirse que los latinistas de Alcañiz coparon las cátedras de letras humanas en las Universidades de Zaragoza y de Valencia. Y, para colmo, el médico papal D. Andrés Vives fundó en Bolonia el colegio que llevó su nombre como albergue y residencia de los estudiantes nacidos en ese estratégico nudo de caminos. No hay en España ciudad que pueda competir con Alcañiz, en cuyo nombre sus hijos del Quinientos, un tanto jactanciosos pero no carentes de razón, quisieron adivinar la fusión de dos palabras griegas, *Alké* y *níke*: *níke*, sí, la victoria merecida sobre las demás villas y ciudades de la España de entonces.

Impresiona, repito, la obra reunida de los humanistas alcañizanos. Y asimismo impresiona, tanto por su amplitud como por su armonía, la obra que ha realizado Maestre, gran especialista en la poesía latina del Renacimiento hispano. El oportuno capítulo introductorio nos sitúa con toda precisión erudita en las coordenadas históricas y culturales del momento. Después se pasa revista crítica a las figuras de los diversos humanistas, cada uno provisto de una sustanciosa biografía, y a continuación se estudia su obra sobre los libros y opúsculos seleccionados, con enorme tino y acierto, en un modo de amplísimo florilegio. En los extensos apuntes biográficos no es raro encontrar datos novedosos, como el referente a la partida de defunción de Sobrarias, muerto en Alcañiz el 22 de abril de 1528; o la noticia de esa estancia desconocida de Ruiz de Moros en Roma, tan sabiamente destacada por IJsewijn en su prefacio latino. Pero también son de suma importancia los comentarios a los textos elegidos, perfectamente enmarcados en su ambiente y estudiados con todo esmero. Basten unos pocos ejemplos como botón de muestra. Maestre, con gran agudeza, trae a colación el mesianismo de la *Egloga* IV de Virgilio para explicar el tono arrebatado del panegírico de Sobrarias a Felipe II, quizá el más logrado de todos los poemas tanto en forma como en contenido; y sin duda tiene razón al considerar que en los vv. 253 ss. se encuentra una referencia a la primera circunnavegación del mundo, a la gran hazaña de Magallanes y Elcano. En la obra de Lorenzo Palmireno nos divierte ver ahora, gracias a la crítica de Maestre, la inadecuación entre teoría y praxis de la retórica, achaque no infrecuente por otra parte entre los humanistas. Por fin, queda demostrado de manera irrefutable que Gómez Miedes, al escribir la historia de Jaime I, cometió el pecadillo no venial de copiar directamente algunas expresiones y hasta párrafos del gran Zurita.

En conclusión, grande es la empresa realizada por Maestre, y grandes los resultados. Pero además, por si todo esto fuera poco, el libro reseñado ofrece un completísimo elenco de los humanistas alcañizanos relacionados con Italia y su capítulo final presenta la biografía de otras figuras de menor cuantía que vivieron también en el Alcañiz del s. XVI. ¿Qué más se puede pedir?

Estamos, pues, de enhorabuena. De las faltas, quizá la más obvia y más de lamentar sea la ausencia de índices, que realmente son necesarios, yo diría que imprescindibles, en un libro de esta envergadura. Lo demás se reduce a mero deseo: echo de menos, por ejemplo, alguna nota sobre la relación de nuestros latinistas no con las letras, sino con las ciencias. Así, en la segunda parte del *Vocabulario del humanista* (Valencia, 1569), que trata de las monedas, metales y piedras preciosas, Juan Lorenzo Palmireno reflejó el estado de los conocimientos científicos de la época y sirvió de fuente de información a los estudiosos de su tiempo, al decir de algunos historiadores modernos como Paoli, seguido por J. Rey Pastor (*La ciencia y la técnica en el Descubrimiento de América*, Colección Austral, Buenos Aires, 1942, p. 141). Pero hoy por hoy no se le puede exigir más a J. M. Maestre, que ya nos tiene abrumados con tanta ciencia alcañizana y tanta sabiduría humanística. Que tanto él como sus patronos reciban mi más calurosa felicitación por este esfuerzo

continuado y encomiable de rescatar el pasado latino de nuestra patria. Deseo vivamente que sigan cosechando éxitos en el futuro con el mismo brío y el mismo acierto que han demostrado hasta ahora.

J. Gil

FRISCHER, B., *Shifting paradigms: new approaches to Horace's Ars Poetica*, Atlanta, The American Philological Association (American Classical Studies, 27), 1991, xiii+162 pp.

En los últimos años viene arceciando el interés por las epístolas largas de Horacio sobre literatura. Desde 1989 tenemos nueva edición con estudios y comentario, realizada por N. Rudd -obra de carácter menor, frente a la colosal *Horace on Poetry*, de Brink, aunque no por ello menos necesaria y excelente en su género-, y desde el año siguiente, otra versión inglesa, de R. S. Kilpatrick. Pero sin duda el más digno de noticia es el presente trabajo de B. Frischer sobre el *Ars Poetica*, aparecido en 1991. Según G. Kennedy (*AJP*, 113 [1992] 441-442), se trata de la contribución a los estudios clásicos más original de su año. Esta calificación tiene pleno fundamento: el autor del libro utiliza perspectivas y métodos de análisis no aplicados antes al *Ars* -los *new approaches* anunciados por el título-, dando nuevas soluciones a viejos problemas -cronología, identidad de los Pisones-, y alcanzando, con la ayuda de esas soluciones, una interpretación jamás sospechada sobre el sentido general y el carácter del poema horaciano.

La tesis central puede resumirse del modo siguiente: según opinión ya apuntada en alguna medida por otros autores (p. ej., L. Ferrero [1953]), la doctrina del *Ars* no se corresponde con la práctica literaria de Horacio ni con sus ideas sobre poesía manifiestas en otras composiciones; para Frischer, ello se debe a que no hay coincidencia entre la persona que habla y dicta preceptos en el poema y la persona del autor, Horacio; el hablante es un crítico literario pedantón e ingnorante, y Horacio estaría sólo remedando sus palabras; de este modo, *AP* constituiría una parodia burlesca de dicho crítico y los de su tipo. El primer paso hacia esa tesis consiste en romper la alineación del *Ars Poetica* con las epístolas literarias "sinceras" (*Ep.* 2.1 y 2.2). A tal objeto, el primer capítulo arremete contra la opinión, tradicionalmente aceptada, de que *AP* pertenece al género epistolar y se titula *Epistula ad Pisones*. Frischer recuerda que esa clasificación se debe a la especulación renacentista, y carece del menor soporte en la tradición manuscrita: en ningún caso sitúa ésta el poema entre las epístolas o a continuación de *Ep.* 2, ni conoce para él más título que el de *Ars Poetica*, el mismo con que lo mencionaron otras fuentes antiguas (p. ej. Quint. *I.O.* 8.3.60; Frischer trata de demostrar que las referencias de Carisio a *AP* 75 y 459 con la expresión de *Horatius epistularum* constituyen casos dudosos). De este